

Juan Tomás Ávila Laurel

**RUSIA SE VA
A ASAMSE**

Colección Literatura Popular

© Juan Tomás Ávila Laurel
Edita: Cooperación Española
Imprenta del Centro Cultural Hispano-Guineano
Apartado 180 Malabo, Guinea Ecuatorial.
Teléfono +240.92720. Fax +240.92722

Ilustraciones: Paulino Ela
Diseño de cubierta: Virginia Ubalde

Juan Tomás Ávila Laurel

**RUSIA SE VA A
ASAMSE**

Colección Literatura Popular

**Centro Cultural Hispano-Guineano
Malabo, Guinea Ecuatorial**

INTRODUCCIÓN

Bajo el epígrafe de **LITERATURA POPULAR** se reúne una serie de obras seleccionadas previamente de escritores guineoecuatorianos que expresan, desde diferentes puntos de vista, las ideas, los problemas, las preocupaciones y la forma de vida de la sociedad guineoecuatoriana.

Con "**Rusia se va a Asamse**", de Juan Tomás Ávila Laurel, dramaturgo, novelista, poeta e intelectual guineoecuatoriano, se inicia esta Colección de Literatura Popular. Acariciado desde hace tiempo por la Cooperación Española, este proyecto tiene como objetivo ofrecer una literatura de corte "popular", que satisfaga las necesidades de un amplio sector de la población, pero sin caer en lo chabacano.

"**Rusia se va a Asamse**" es una historia corta en la que se refleja la sociedad guineana, sobre todo la vida cotidiana en la ciudad de Malabo, donde lo más importante para una chica es la apariencia. De una manera irónica nos transmite un mensaje de crítica social. El estilo es natural, rápido y ameno, que invita a la lectura. Es una historia graciosa a la que no hay que resistirse.

Ávila Laurel es un viejo y querido colaborador de la revista *El Patio* de este Centro Cultural. Muy creativo e imaginativo, es una de las piezas clave de la actual generación de escritores guineanos.

Gabriela Gómez-Pimpollo

Si los habitantes de Malabo fueran pulgas y esta ciudad una leona que de vez en cuando se las sacude, ninguna caería; serían pulgas fuertes y con largas pinzas para aferrarse al pelo de la mamífera. Ahora decimos mamífera para no decir carnívora, que sonaría fatal. Equivaldría a decir que seremos devorados, rotos los huesos y los ojos fuera de las órbitas. Malabo no es tan caliente. Aquí se va lento, pero hay calor, un poco de calor.

Estamos en una ciudad, y en todas las ciudades hay personas que se encargan de poner flores en las calles para que parezca hermoso. Pero esta tarea no se encomienda nunca a hombres pobres, mayores de edad, serios, feos y con caras torcidas o narices ídem, con granos. Tampoco se asigna esta tarea a mujeres feas, corpulentas, con piernas muy arqueadas, con barba y mucho pelo en el sobaco. No; éstas darían mucho disgusto a los ciudadanos y les obligarían a abandonar la ciudad.

En Malabo, las encargadas de este loable cometido son las chicas de buen ver. Son pocas y cada vez se ven menos, pero toda la imaginación que despliegan los mozos y no tan mozos se la



deben a ellas. Gentiles y de lindos pies, despiertan la misma admiración vestidas con faldas que con vaqueros rotos, éstos que miras y haces como si alabaras su arte, cuando lo que quieres es saludar a la naturaleza que asoma tras los hilos del jean roto (léase "djin rotó", para mejor disfrute).

Guapas y presumidas, todas tienen un nombre y algún mote, pues la juventud nunca vive sin segundas intenciones. Se llaman Elena, Fátima, Conrada, Juana y Clara cuando hablan de boletines con cuatro suspensos, pero a la hora de los tacones y una fanta en la disco, porque nunca dicen a la primera que beben alcohol, se convierten en Maja, Chupí, Naná, Guapita, Linda.

Pero hay un caso aparte en este lío de los nombres y sobrenombres: Rusia. Ella es una chica guapa de Malabo, pero a la hora de ser igual a otras en los nombres, nos encontramos con que ella carece de un mote que le haga ser otra cuando quiera beber larios con cocacola, para mentir, como todas.

Su padre, amante de la república europea del mismo nombre, estudió allí y la cosa le fue tan bien que, como agradecimiento, bautizó a su hija con tal nombre. Eran buenos tiempos para esc

país, que aspiraba en aquel entonces a gobernar una mitad del mundo, pues la otra ya tenía dueño. Dada la abundancia de alumnos que fueron de profesores rusos y de otros países, tenemos que agradecer que todos no hayan pensado de la misma manera que el agradecido progenitor de nuestra amiga, pues no sólo habría muchas Rusias, sino infinidad de Españas, bastantes Francias, centenares de Chinas con sus provincias y otras tantas Nigerias. Y esto se podría tolerar pues son nombres que vienen bien a cualquier chica con minifalda porque ¿qué pasaría si los países que hay que agradecer fueran República Árabe de Egipto, Vietnam, Camboya, Corea del Sur, República Popular Democrática de Corea o República Saharai Democrática o nombres como República Popular de Congo?

Las cosas empezaron desde el día del bautismo de ella. A la hora de mojar la cabeza y hacer la señal de la cruz, el párroco preguntó a la mamá por el nombre.

-Rusia- respondió ella seria.

El padre elevó las manos y, mientras hacía la señal de la cruz, miró fijamente a la madre y le preguntó de nuevo:



-¿Cómo has dicho que se llama?

-Rusia- dijo ella con cara seria, como enfadada.

-¿Qué nombre es éste?-preguntó el hombre de Dios.

La mujer, que aunque vivía en la ciudad era todavía de bosque y se comportaba como tal, cerró la boca y puso peor cara. Pero no pudo evitar hacer comentarios por debajo: "¿Acaso Agalbel-tocio es un nombre bonito?".

Y es que este nombre es el que soltó la madre del primer bautizado de la tarde y el padre no presentó ninguna objeción por lo que no podía comprender su extrañeza ahora.

Bailaron y comieron por cristianar a la niña y la dejaron crecer. Ya sabes, lector, que de lo que se comió en la fiesta, Rusia no probó nada, pues aquí la mayoría de los niños son bautizados cuando todavía son incapaces de alimentarse de otra cosa que no sea leche de mamá.

Creció Rusia en altura y belleza y llegó a la edad de comprender bien las intenciones de los chicos mayores que ella, que los de su edad vienen a ser unos niños. Es que las mujeres crecen más que los hombres, y esto ocurre entre

personas que nacieron en las mismas fechas e incluso fueron bautizados el mismo día, como les ocurrió a Rusia y amigo. La mamá del chico le presentó a la chica en la calle, seguro que abrigando intenciones de que coincidieran en otro sacramento más serio, pero la chica nunca le hizo mucho caso pues le consideraba menor de edad. El chico, sin embargo, no creía que su nacer juntos era una mera coincidencia y dio en mirarla y pensar en ella.

Alguna vez, revisando los cuadernos de los alumnos, el profe de Religión descubrió un poema dedicado a Rusia. El hombre afianzó las lentes y quiso descifrar lo que encerraba aquel poema de mala muerte; devolvió después el cuaderno al mozo y hasta hoy no ha podido entender los móviles que llevarían a un chico de su edad a dedicar su tiempo a un país tan frío, distinto del nuestro, amén de lejano y del que tan pocas relaciones tiene actualmente con los hombres de aquí.

Desde aquel día miraba al chico con seriedad y temía por si bajo aquella cabeza tranquila no se ocultaba un futuro místico o un político con ideas grandes, claras pero malas

como las de los hombres que siempre han aspirado a dominar el mundo.

¡Qué lejos estaba el ministro del Señor de saber que el origen de aquellos versos rimados no era el gélido país sino una chica muy caliente que gasta su buen andar en las calles de Malabo!

Rusia se sabía mirada y hacía lo posible para mantenerse en el centro de atención. Ya no tenía ninguna traba. Atrás quedan los años en que tenía que acabar cualquier respuesta con "sí, sor", porque esto reconforta a las hermanas y crea un ambiente de respeto en el colegio. Ahora dice "sí" a secas y hasta puede mascar chicle mientras habla a cualquiera. Malabo la llama dueña y cuando quiere ella, exhibe en la calle el pasaporte lingüístico de esta ciudad:

-Sista, cam.

-Lef mi, mi no to yu juman

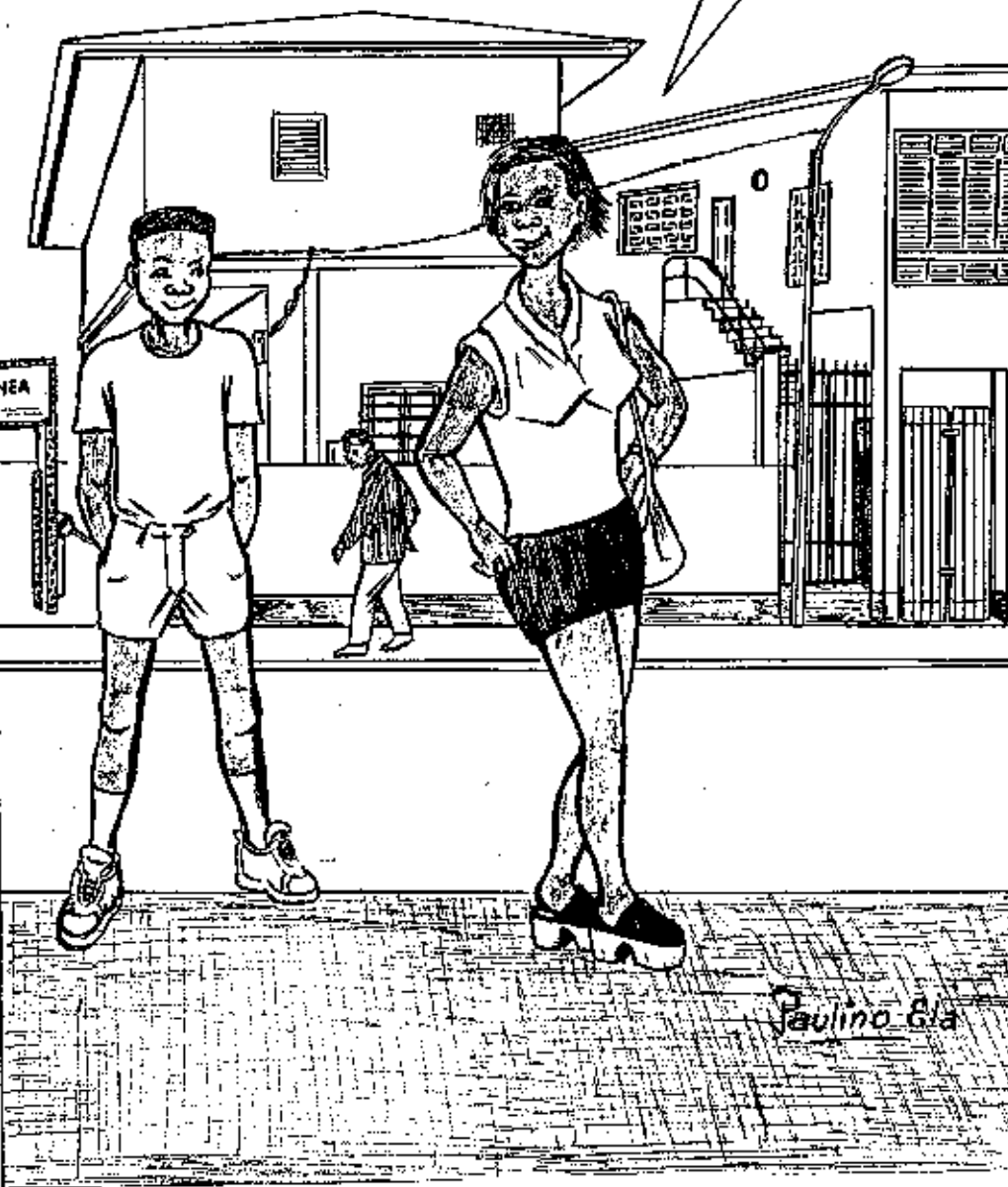
-¿Yu sabi wetin a wan tel yu?

-Loc yu mot, yu no guet moni. ¿Yu fit manten mi?

Y el chico se callaba por no poder ni querer asumir tan pesada carga. Es que aunque la chica habla de mantener, no se refiere a un kilo de chicharro al día y doscientos cincuenta de arroz,

Yu sabi wetin a
wan tel yu?

Loc yu mat, yu no gwei
moni. Yu fit manten mi?



que son dos vasos de cien y uno de cincuenta, sino a plataformas de Jackeline, que salen a dieciocho mil por par y esto son diez noches de descargue en la puerta trasera de un almacén y el cemento no es bolsa de ropa o cajas de cerveza al que se puede echar mano para aplacar la sed.

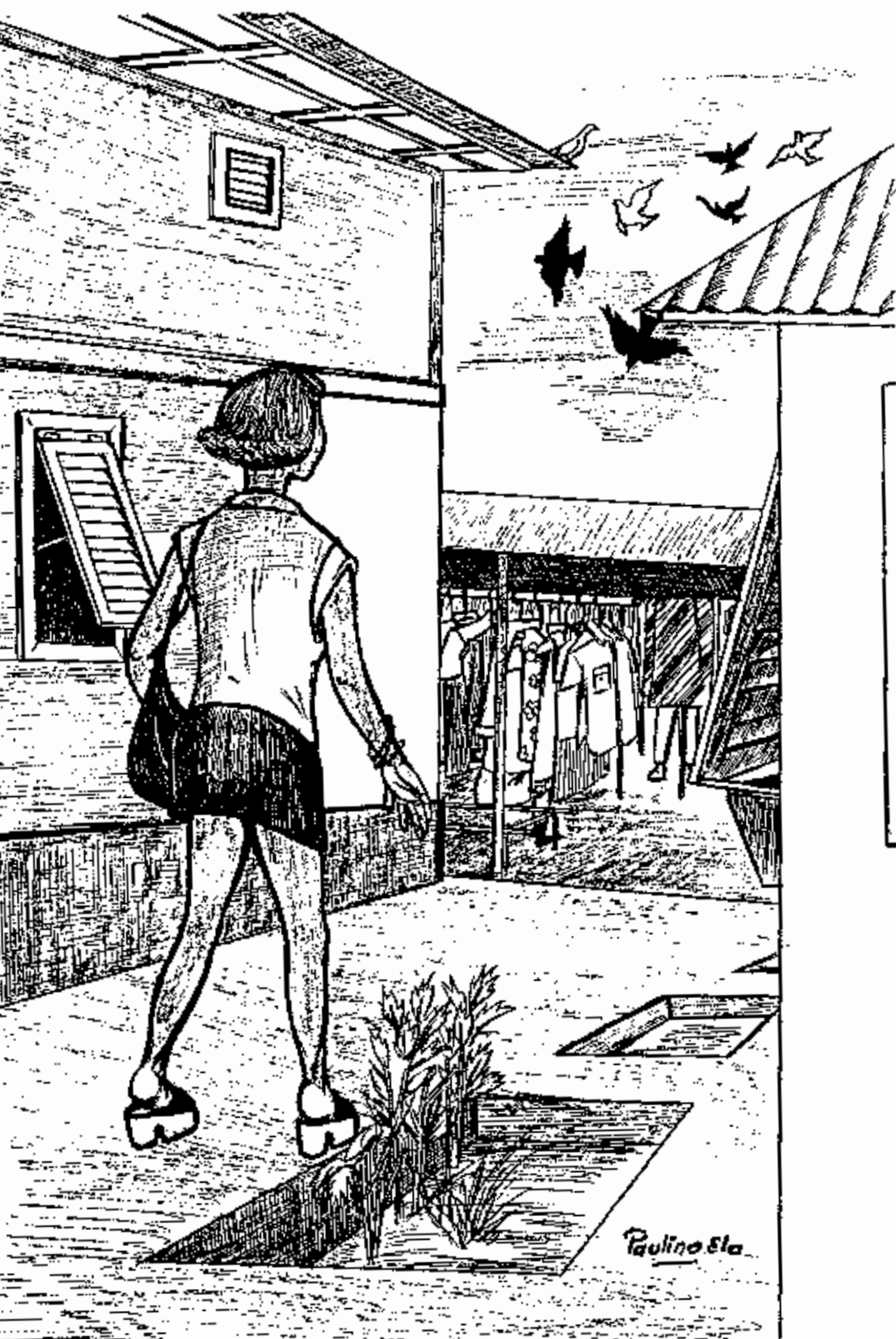
Aunque a Rusia le gustaría salir a presumir con faldas nuevas y camisetas de marca, sabe que todo esto vale mucho trabajo y muchas cartas que enviar a las primas que trabajan en España para pagar la calefacción y legalizar la situación. Y como sabe todo, se resigna y piensa en Asamse. Asamse es toda una institución en esta república y se lleva la alegría de la mitad de la capital de Guinea Ecuatorial.

Cuando los ricos del mundo cero se dieron cuenta de que los de este tercer mundo acabarían desnudos si no les echaba una mano, o dos, se despojaron de sus pantalones, de sus faldas, de sus calcetines y de sus bragas, lo metieron en sacos, lo cerraron con anillos de hierro y lo depositaron en manos de negociantes que sólo deben mirar abajo, ya que son prendas que, una vez sacadas, no se vuelven a tocar. También están los hombres y mujeres de Cristo, que aprovechan cuando sus

hermanos están cansados de una ropa para pensar en la obra de misericordia número seis: vestir al desnudo del tercer mundo. No me hagan caso; yo sabía de antes que las obras de misericordia son catorce pero a estas alturas del mundo sería mucho pedir que me acordara de cada cual con su correspondiente ubicación en la tabla.

En Asamse se vende de todo y en este lugar se agradece que los guineanos no hayamos adoptado todavía la mala costumbre de andar deprisa. ¿Se imaginan lo poco que se podría ver y comprar si los que van allí tuvieran los pasos endiablados de los ciudadanos de arriba? No comprarían nada. Así, van despacito y miran cinturones, sujetadores de mujer, (pues los hombres no lo llevan), botas de España, Francia, Corea. Camisetas de Italia, England, Singapore, y bragas apátridas, pues cuando las bragas llegan al Asamse oficial de Malabo ya no tienen etiquetas.

Cuando salen algunos funcionarios de sus oficinas, que siempre es un poco antes cuando no está el jefe, pasan con sus carteras bajo el brazo y se meten en Asamse. Nunca hay dinero en la cartera de los funcionarios; ni papeles que les puedan comprometer. Cuando tienen dinero, lo



llevan en el bolsillo izquierdo del pantalón. Pasean lentamente y miran pantalones, calcetines marrones, corbatas y pasan delante de bragas de mujer y hacen como si no las vieran, pero un poco lejos, miran atrás y dicen para sí: "Bragas de mujer; yo no las puedo comprar para mi mujer porque ¿quién sabe qué cosas han encerrado estas bragas? ¿qué mujeres las han llevado y de qué han padecido a lo largo de sus vidas? De verdad que no puedo comprar bragas en Asamse para mi mujer; compraría de todo pero nunca bragas de mujer porque ¿quién me dice que las lavan antes de meterlas en los sacos?"

Mentiroso, como todos los que tienen mujer en este país y en otros. Digo que es mentiroso porque ningún hombre de Malabo compra bragas a su mujer. Las mujeres se compran la braga con la vuelta de la malanga o del aceite. Y los maridos nunca lo saben y pocas veces saben que la mujer lleva braga nueva. (Y que conste que, pese a tanto asunto de bragas, no quiero hablar, simple pudor, nada de dónde vienen los niños ni de las vocecitas que se oyen en la habitación cuando llueve y no es día de trabajo).

Rusia salió de casa bien limpia, con el pelo

a un lado para demostrar modernidad y enfiló la recta del Asamse. Nadie preguntará por dónde vive, desde que se sabe que todos los caminos llevan a Roma, o sea, a las camisetas de Italia. De algo ha de servir el hecho de que todas las calles de Malabo estén comunicadas.

Entró al recinto sin haber visto a nadie que saludar y esto le favorecía. Esto lo decimos porque desde que Dios creó el pudor y la vergüenza, las mujeres se lo han apropiado y no hacen nada sin echar mano a estas creaciones del Señor. Y precisamente lo necesitan más cuando vienen a Asamse, pues nunca dicen las vacilonas que la falda que le sienta tan bien la adquirió allí; creen que perderían algo si lo dijeran; más estima o la envidia de las amigas. Y dicen: "me lo ha mandado mi prima de Majadahonda", y citan el barrio para que nadie dude. Vacilonas.

Rusia paseó la mirada por puestos de toallitas, calcetines, sujetadores, cinturones de mujer, zapatillas de andar por casa, bolsas de mujer. Miró y se probó algunos zapatos y los abandonó después de encontrar la excusa. Siguió andando y no paró ante un saco de bragas que congregó a muchas chicas cual moscas la miel. Yo

sé que la miel es para las abejas pero también la comen las mosquitas. Rusia no paró ante el saco de bragas porque las chicas bien creen que tienen derecho a la vergüenza cuando hablan de prendas que cubren partes de su cuerpo que no las enseñarían ni las enseñan a nadie, salvo a unos cuantos. Las chicas con pudor creen que hablar de braga es lo mismo que exponer lo que cubre. "¿Este pedazo de nalga lo taparía esta braguita?" y cierran la boca. La mayoría de las chicas de Malabo no tienen estos problemas; no quiero decir que no tienen pudor y que se lancen ellas a buscar al autor de tal dicho.

Cuando Rusia había dado media vuelta al Asamse, se topó con un grupo de chicas de todas las edades que alababan la calidad o compraban los géneros de un saco recién abierto. En el ambiente se percibía el clásico olor de ropa de otras tierras con la fecha de caducidad vencida. Se acercó ella y vio que lo que causaba tal vocerío de jovencitas eran faldas de csas que hacen furor entre las jovencitas de medio mundo. Se agachaban a una punta de la falda, la elevaban y la extendían para ver su talla. Luego preguntaban por el precio y, si podían, la ponían bajo el brazo

y se agachaban para buscar otra más bonita que la primera. Rusia llegó e inmediatamente se puso a hacer lo que sus compañeras. En esto estaban cuando el destino quiso que ella coincidiera en gustos con una chica. El hecho se tradujo en que, cuando se asomó entre los centenares de colores de las cien faldas una que prometía atraer muchas miradas de los chicos, que para esto se esmeran en ir limpias ellas, los ojos y las intenciones de ambas se hicieron iguales y la agarraron con la diestra. Se irguieron las dos pero asidas a la pobre falda. Ninguna de ellas pensaba soltar prenda, y nunca mejor dicho desde que el español es la lengua en la que construyen los pensamientos tantas almas. La falda era bonita y prometía. Se miraron serias y cada una exigía de la otra lo que otra deseaba que hiciera una. Ninguna cedió. Las dos se enfadaron y tiraron de la falda, pero ninguna soltó. La tensión subió y cada una de ellas se vio ante una maleducada que no sabía ceder. Una que no merecía vivir en la ciudad y sí en los poblados, donde escenas como éstas se ven a diario.

-Esta falda es mía -dice la compañera.

-¿Cómo puede ser tuya, si la cogí primero?

-dice Rusia, mirándola con seriedad.

-Yo la vi antes y la cogí -dice echando fuego de los ojos y haciendo bailar las alas de la nariz.

Las dos se olvidaron de dónde estaban y se dijeron cosas que no podemos consignar, pero no soltaron la falda. Tanto hablaron que su sangre empezó a hervir y el asunto llegó a las manos. Fue que la que no se llama Rusia le dio un puño a su compañera y esto hizo que todas las chicas dejaran la ropa para mirar el ojo donde con furia montuna dejó caer el puño furioso. Aumentó el ruido de chicos y chicas y esto aumentó el número de curiosos. Insultada y golpeada en un ojo, Rusia abrió el otro y ahora es cuando se dio cuenta de que una chica bien no debe protagonizar escenas como éstas, y la vergüenza le hizo tapar la cara. Antes de hacer esto, vio que se acercaba al grupo de los curiosos un chico que siempre le ha hablado bien y ella no podía permitirse el lujo de ser vista en este estado. Rápidamente se abrió paso entre la gente y quiso salir de allí a toda prisa. Como veía mal, no pudo evitar en su huida dar de narices con una chica de Cotonú que paseaba con su bandeja de cremas, peines,

colonias, jabones, cuchillos y estas sustancias nauseabundas que las mujeres de aquí usan para arreglarse el pelo. De resultas del choque, las baratijas de la cotonú levantaron el vuelo y después de unos segundos en el aire, tomaron tierra en un lindo charco que había cerca. Asamse es uno de los sitios más embarrados de Malabo. Cuando ocurrió esto, la africana de Cotonú afiló su lengua y abrió el almacén de las palabras más ofensivas del pichi, con intención de que la sufrida Rusia pagase por cada artículo que reposaba tranquilamente en el fango.

Con la mano en el ojo, Rusia se detuvo un instante y así pudo tener la excusa para evitar los ataques y reinvidicaciones verbales de la vendedora ambulante de tierras lejanas. Mas la cotonú no tuvo en cuenta su dolor, físico y espiritual, y se plantó delante de ella, sin pensar que Rusia podría ser más guapa que ella, por lo que no se le permitiría semejante descaro a una extranjera fea. Para el colmo de la desgracia, la de Cotonú hacía sus reinvidicaciones económicas en pichi. Ya hemos dicho que Rusia habla a la perfección esta lengua de ciudad, pero ahora es distinto. Primero debe desmarcarse totalmente de



la estirpe inoble de la africana. Debe demostrar que va a clase y sabe algo de verbos y adverbios y hacerse la modosita por hablar con este hilito de voz que usan ciertas chicas para parecer educadas. Vacilonas. Además, tiene dolor y se sabe de hace mucho que los lamentos, ruegos y oraciones se hacen mejor en lengua española, que es la que entiende Dios, privilegio conseguido por los Reyes Católicos y sus nietos durante siglos de lucha con moros, almohades, judíos, arrianos, calvinistas, zuinglistas y toda estirpe de reformadores.

La vendedora ambulante no tuvo en cuenta estos pensamientos tan altos, pues no paró de hablar de todo. Hablaba, tragaba saliva, reiniciaba el trabajo de la lengua e incluso impedía el avance de Rusia, quien, viéndose en tal aprieto, empezó a expeler sudor por todo el cuerpo. Se diría que lloraba, y pudo ser, sobre todo si le toca a una chica delicada. Y es que, a la vergüenza de haberse sido vista por amantes o pretendientes peleando por una falda apátrida y ser golpeada en un ojo por la contendiente, se sumaba el hecho de enfrascarse en una lucha lingual con una vendedora a la que se podría dar la razón, de no

ser por la lengua que esgrime.

Cotonú. Con este nombre se conoce en Malabo a los súbditos de un país africano que pocos podrían situar en un mapa mudo. Nadie sabe de dónde vienen. Muchos creen que son de Nigeria, a juzgar por el atuendo y el pichi que gastan con los nigerianos que hay aquí. La mayoría de los cotonús, fijaos en el plural, son mujeres maduras y gordas, y chicas en edad de maridar. Nunca vienen sus novios a visitarlas y muchos creen que quizá se quedan en el país para tener la oportunidad de ser buenos novios, no como algunos de otros lugares, que antes de la ceremonia de país, ya tienen en el suelo dos hijos y echan la culpa al mucho sol que brilla en esta África nuestra, que, al igual que hace crecer la malanga, propicia el nacimiento de los... Mentirosos. (1)

Nunca se verá chicas tan descaradas como las de Cotonú, salvo que la costumbre que

¹ El misterioso país al que se refiere este párrafo es Benín, situado entre Nigeria y Togo, que antes de su independencia se llamaba Dahomey y cuya ciudad más importante es Cotonou. Su capital es Porto Novo.

exhiben la adquirieron aquí para defenderse de otros buitres mayores que encontraron en esta tierra; las pequeñas vendedoras son capaces de lanzarse con puños y arañazos sobre cualquiera que se niegue a pagar por un mentolato "wan fo sien, sosio" o se ponga pesado porque quiere amor cotonú pero todavía no tiene idea sobre requiebros y suspiros. (Aunque en todos los pueblos y ciudades hay guapas indígenas, esto es, naturales de estos pueblos, todos los hombres van, como moscas, tras las extranjeras; nadie sabe por qué éstas parecen más guapas.).

Como veníamos diciendo, a la afrenta de verse golpeada en el ojo, se sumaba el hecho de recibir los insultos e increpaciones de la joven cotonú. Rusia no podía aguantar más y empezó su corazón a quejarse. Como se sabe, el corazón es de estos órganos que difícilmente escuchan a sus dueños. Si fuera otro como el oído, obediente y servil, otro gallo cantaría, pero el corazón nunca obedece. Pues tuvo tan mala suerte que fuera este órgano el que se pone chulo y la cosa se complicó. Mientras su corazoncito empezó a latir con fuerza, el sudor aumentó.

Vista por cientos de ojos mientras luchaba

por una falda, golpeada en un ojo, insultada e increpada en público por una pichihablante, Rusia creyó que era demasiado lo que le había ocurrido y obedeció a su corazón. Esta obediencia se materializó en la apertura de los conductos lacrimales, que dieron salida a lo que encerraban. En claro, Rusia se echó a llorar. Y lo hizo con tal fuerza, decisión, seriedad y elegancia que nadie que pasaba por allí dudaba del motivo del llanto de aquella beldad, ya que todos saben que el paludismo, con sus cruces, hace estragos. El llanto podría deberse también al cumplimiento de las estadísticas, que nos dan, a los guineoecuato-rianos, sólo 48 añitos de vida.

Decimos que Rusia se puso a llorar con tanta convicción que consiguió ablandar los corazones de muchos de los presentes. Pero el corazón de la beninesa no se ablandó, aunque viendo tal profusión de lágrimas se echó para atrás y, por un momento, olvidó sus reinvidicaciones. La elegancia del llanto de Rusia atrajo más atención y a muchos mancebos que allí había. Muchos pararon, miraron a Rusia, preguntaron por el motivo de las lágrimas, recibieron media información y se quedaron para ver más, que

siempre son dudosas las lágrimas de las mujeres. Cuando se convencieron de la autenticidad del lloro, se quedaron parados y esperaron que alguien les pidiera ayuda o algo, y así tener excusa mañana para pararse ante la chica y decir: ¡Cómo llorabas aquel día!, mientras se rasca la cabeza y espera que ella mencione algo de dinero para que salte él: "Aquel día sólo tenía dos mil quinientos". Ya saben que los temas de dinero siempre son pesados de tocar, aunque se haga para que la beneficiada añada algo a los sucesivos saludos de él en la calle.

Mientras seguía llorando, los chicos de buen ver y mejor pensar hicieron como si se preocuparan y empezaron a palparse los bolsillos. Después algunos de ellos se acercaron a la cotonú y le preguntaron por lo que se había echado a perder. Ella hizo las matemáticas en pichi y soltó la cuenta en claro español.

-Cinco mil quinientos.

Entre todos, conocidos y admiradores, pagaron la cuenta de objetos perdidos a la africana y consiguieron que se iniciara la calma en el contorno. Pero Rusia no se calló a la primera, aunque redujo a su mínima expresión los sonidos

vocales. De vez en cuando se escuchaba el sonar de las narices al que se acompañaba el movimiento de las manos con el pañuelo para sonarse, o vacilar, que en estos casos es uno.

Los mancebos que subvencionaron la calma de Rusia esperaron allí unos minutos. Irse así, sin ni siquiera estar seguros de que se ha sido visto por la dama, era demasiado contraproducente. En un momento del lance, la situación amenazó con adquirir otro hervor cuando uno de los chicos descubrió que, pese al fuerte desembolso, la cotonú hurgaba en el barro para recuperar los objetos perdidos, pero pagados. El mancebo recibió el hallazgo como un don del cielo, pues ¿qué pasaría si se hubiera marchado la dama sin hacerse ver que contribuyó a su calma? Gritó, pataleó e incluso hizo ademán de golpear a la cotonú. El asunto quedó en sólo enfado y él se fue satisfecho de que Rusia hubiera sabido lo de su desembolso.

Otros que no tuvieron excusa para llamar la atención esperaron más tiempo, y todos consiguieron ser vistos.

A la media hora del desembolso, Rusia se había callado y sólo quedaban algunos de los que

no se quedaban satisfechos con la simple mirada y quisieron hablar con ella.

Pero había una cosa en la que casi nadie había reparado. ¿Quién estaba seguro de que a Rusia no le faltaba dinero y que su llanto fue a causa de maltrato moral a que se vio sometida? Esto lo decimos porque pudo haber recibido horas antes, cosa normal, una bonita cantidad de unos de los primos de su madre.

Ya estaban por irse todos cuando, tarde, llegó un policía y preguntó por la pequeña aglomeración. Cuando se informó de lo que había ocurrido, decidió detener a los implicados por ¡alteración del orden público! ¡En pleno barullo del Asamse de Malabo, socio, bonito pantalón, ven, y que haya alteración del orden! El policía se puso serio y sacó las esposas, aunque no las usó. Después se supo que blandió este instrumento de trabajo porque no tenía otra arma. Con todas las de la ley, empezó a conducir a los implicados a la Policía.

Rusia y compañeros obedecieron a la autoridad y se vieron obligados a seguir a su representante. En esta nueva disyuntiva Rusia comprendió que nadie se enternecería si abriera de



nuevo el almacén de las lágrimas, por lo que optó por obedecer y seguir andando resignada. Sólo que, en todo el camino, mantuvo tapado con la mano libre el ojo maltratado. El policía pensó llevar a los detenidos a la Comisaría del Mercado Central de Malabo por dos razones fundamentales: la primera es que este puesto caía cerca del lugar de la trifulca y siempre es más seguro para el éxito de la detención que el trayecto sea corto, pues ocurre que muchas veces policía y detenidos son abordados por parientes de los últimos y, si estos tienen voz y voto en la república, el negocio se aborta porque muchos tienen suficiente autoridad para mandar a callar a los uniformados y regañar a los parientes por dejarse detener por agentes metepatas.

La otra razón de la elección es que como en la Policía siempre hay algún pez gordo, cuando llegan los casos multables, los policías sin voz no ven nada de lo que se consigue de los alborotadores e incluso muchas veces no cuentan con ellos en el interrogatorio, sino que son inmediatamente olvidados. Y los tiempos no están para estos lujos.

Anduvieron y llegaron a la puerta de la

comisaría y vieron lo que había dentro: todos los asientos estaban ocupados por hombres y mujeres y algún niño. Entre ellos había un hombre joven con la mano en la cabeza y por cuya cara resbalaba un hilo de sangre. Las mujeres que estaban a su lado pusieron cara de asco y de temor. El hombre tenía cara seria y hacía gestos de dolor. Delante de la puerta y en las ventanas de la comisaría se amontonaron los curiosos que miraban al herido y escuchaban al Comisario-Jefe, quien no quería entender que estaba ante un caso del hospital, y seguía hablando aunque la sangre ya caía al suelo. Los curiosos y los parientes ya empezaban a murmurar y protestar por la ceguera del comisario, pero éste siguió hablando para saber lo que pasó.

-¿Pero no ve este hombre que el otro está grave?-dicen "el otro" para que suene a su semejante, alguien por el que deben tener compasión.

Pero, si no hiciera las preguntas antes de poner las multas, la gente creería que estaba allí sólo para decir "Vais a pagar cada uno cinco mil", y eso daría lugar a charlas y chismorreos en los pasillos del mercado en busca de picante, que no

siempre hay. Tampoco podía mandar el caso al hospital nada más ver la sangre, pues los dañados nunca vuelven a pagar lo que deben por alteración del orden, y eso, para estos tiempos de crisis, no se recomienda. Tampoco dicen los del hospital que no tienen material para suturar la herida. Y es que temen perder la oportunidad de pedir algo para el arroz o la cerveza de mañana. Trabajan con lo que tienen y luego hablan de lo que deben cobrar por cada punto de sutura, las vendas y anestesia. Gracias a Dios que en este y todos los países los pacientes y heridos no suelen saber que el suero fisiológico con que lavan aquí las heridas puede estar contaminado como cualquier producto expuesto a la intemperie.

El agente que detuvo a Rusia y a sus compañeros de la trifulca consiguió entrar en la comisaría y decirle algo al comisario, pero éste no se daba prisa en terminar con el asunto de la sangre y siguió preguntando a unos y otros. Los detenidos todavía estaban fuera y empezaron a cansarse. Cuando vieron despistado al que les detuvo, se escabulleron entre la gente y olvidaron que fueron detenidos.

En un primer momento Rusia, que es una

chica bien y no sabe todavía de estos trucos, se mantuvo a la espera del policía, pero el tiempo transcurrido sin que se pudiera tratar su caso sirvió de maestro, y con la mano en el ojo golpeado, se metió entre las mujeres que van detrás del montón de chicharro a quinientos y se perdió.

Muchos minutos más tarde, cuando por fin el comisario pudo atender al policía, éste salió fuera para hacer entrar a los detenidos, se encontró con la "grata" sorpresa de que éstos ya se habían reconciliado y estaban en sus casas tratando de olvidar el asunto con otras cosas.



**COOPERACION
ESPAÑOLA**



**CENTRO CULTURAL
HISPANO- GUINEANO
MALABO**